



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Hemeroteca

Sección

Volúmenes de la obra.....

--	--

Ubicación 12 B (66-1)

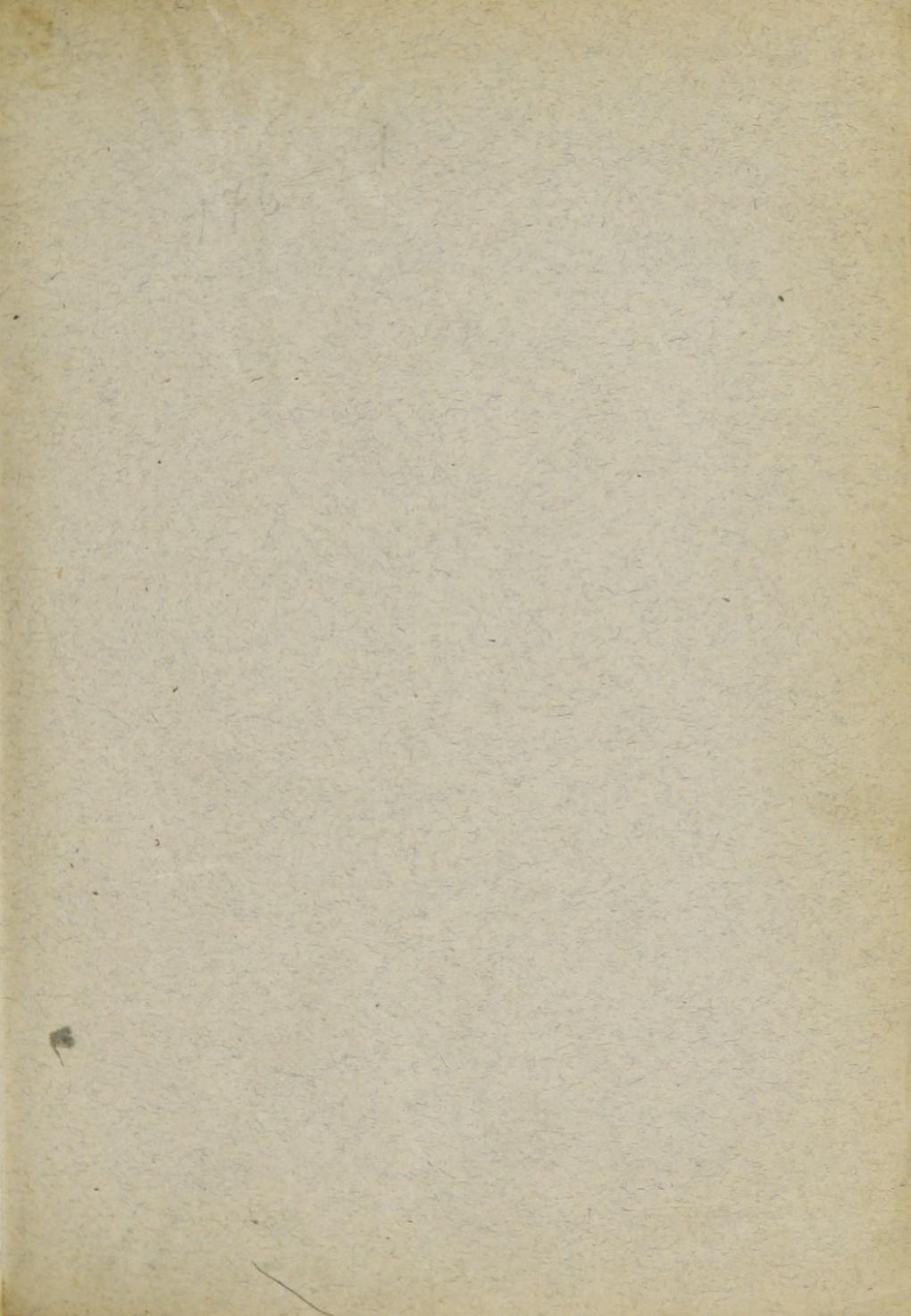
BIBLIOTECA NACIONAL

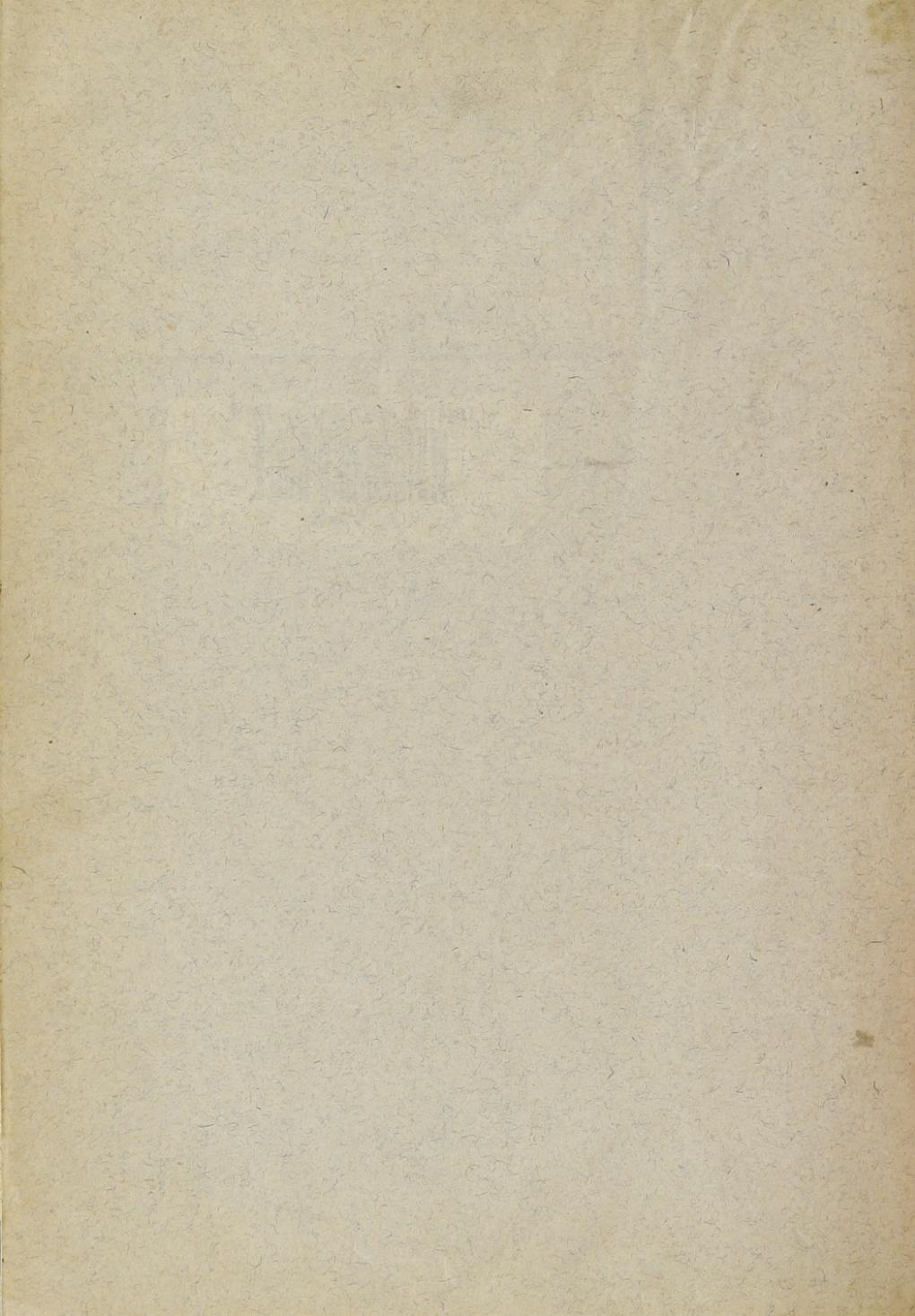


855718

12 B (66-1)

12 (M 31) 55-6





Año I

Santiago, 1.^o de Noviembre de 1902

N.^o I

25 ¿A dónde vamos?

REVISTA MENSUAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO:

A mis lectores	por C. F.
Allan Kardec.....	
La Solución del Problema	
Un Caso de Telepatía.....	
Comunicación de Ultra-fonba.....	
El Espiritismo y los Jesuitas	
Conversando con el diablo	

SUSCRIPCIÓN:

Un trimestre adelantado	\$ 1.00
Número suelto	0.40

REDACTOR: CAROLINA FARWELL

ADMINISTRADOR: Samiel López.—San Pablo 1546.

—♦— —♦— —♦—

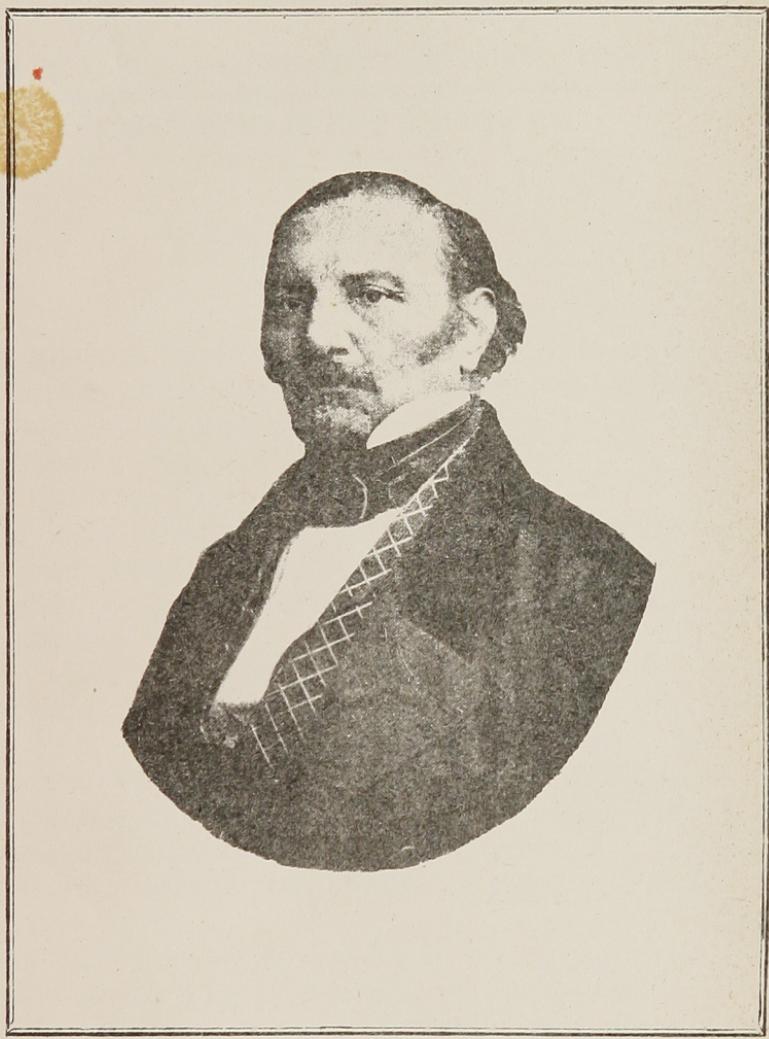
SANTIAGO

IMPRENTA DE "EL PATRIOTA" SANTA ROSA 632.

1902

103-2





AÑO I

I.º DE NOVIEMBRE DE 1902

N.º I

¿A dónde vamos?

REVISTA MENSUAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Esta Revista aparece del 1.º al 5 de cada mes.

A MIS LECTORES

Al lanzar al público un diario ó una revista, es costumbre—como cuando se solicita el voto de los electores—hacer una profesión de fé, ó trazar un programa.

En esto seré yo muy breve.

Los lectores á quienes me dirijo, en su mayor parte, me conocen ya.

Hemos hecho juntos una primera escursión á lo desconocido.

Ellos han leído mis artículos de: *En el mundo de los espíritus*, de *La República*.

La aceptación que han tenido esos artículos es lo que me mueve á dar á luz esta REVISTA, que viene á reemplazar á *EL ESPIRITUALISTA* de Valparaíso, cuya prematura desaparición todos lamentamos.

A estas circunstancias débese la presente publicación.

Ella será la nave—lo deseo y lo espero—que nos ha de conducir á las misteriosas playas de lo invisible.

Para esplorar esas regiones—ignotas para la mayor parte de mis conciudadanos—cuento en primer lugar con el auxilio de los BUENOS ESPÍRITUS, y con las simpatías de mis benévolos lectores, en seguida.

Con este doble sostén, no tengo temor alguno de que mi obra fracase.

Para interesar más al público, abriré en esta revista una sección especial de consultas espiritistas.

Por lo demás, prometo tratar sencillamente las diversas cuestiones relacionadas con el Espiritismo, y trasmitir fielmente las comunicaciones ó mensajes de los Invisibles.

CAROLINA FARWELL.



ALLAN KARDEC

Leon Hipólito Denizart Rivail, que con el seudónimo de Allán Kardec, tanto publicó y trabajó en pró de las doctrinas mas consoladoras y justas para el porvenir del alma, nació en Lyon el 3 de Octubre de 1804, procedente de una familia distinguida en los anales de la magistratura y del foro. Desde sus primeros años sintió inclinación irresistible por los estudios científicos y filosóficos, educándose en Iverdún [Suiza] en la escuela de Pestalozzi, una de las lumbreras de la pedagogía, y distinguiéndose entre los aventajados discípulos de este sabio cuyo sistema ha ejercido gran influencia en la enseñanza en Alemania y Francia. Terminados los estudios volvió á su país, donde se dedicó á la traducción de diversas obras didácticas y morales escritas en aleman, llegando por su inteligencia y asiduidad á ser miembro de muchas sociedades sabias y corporaciones científicas.

Desde 1835 á 1840, fundó en París cursos gratuitos en que personalmente explicó química, física, anatomía comparada, astronomía y otros ramos de las ciencias naturales; y persistente en su afán de facilitar y propagar los mejores sistemas de educación, inventó un ingenioso método para aprender á contar, y un cuadro mnemónico de la historia de Francia, á favor del cual se grababan en la memoria las fechas de los grandes descubrimientos de cada reinado.

Para dar á conocer los frutos de su inteligencia privilejiada, de su incansable laboriosidad, diremos que en el transcurso de veinte años publicó numerosas obras de educación, alcanzando justa fama el plan de mejoramiento de la instrucción pública, del curso práctico y teórico de aritmética, la gramática francesa clásica, las soluciones razonadas de problemas matemáticos, el catecismo grammatical de la lengua francesa, el programa de los cursos de química, física, astronomía y fisiología, que enseñó en el liceo polimático, y los dictados especiales sobre las

dificultades ortográficas, de que se han hecho y se hacen numerosas ediciones.

Hacia 1856, cuando la atención pública del mundo civilizado empezaba á fijarse en las manifestaciones espiritistas, y la ciencia se ocupaba de los fenómenos que habian de cambiar el fondo y la forma de las creencias religiosas, morales y científicas, preparando el advenimiento de una nueva evolución, Allán Kardec se dedicó de lleno á la constante observación de las manifestaciones, al estudio de los principios de las leyes naturales que en ellas entrevió, y á la deducción de las consecuencias filosóficas que debian convertir los hechos empíricos en un cuerpo de doctrina trascendentalísimo.

Las principales obras que el infatigable escritor produjo, considerado bajo su nueva faz de espiritista, fueron: el *Libro de los Espíritus*, parte filosófica, publicada en Abril de 1857; el *Libro de los Mediums*, parte experimental y científica, 1861; *El Evangelio segun el Espiritismo*, parte moral, 1864; *El Cielo y el Infierno*; *El Génesis*, los milagros y las profecías; y la *Revista Espiritista*, publicación mensual, empezada en 1858.

De la aparición del *Libro de los Espíritus* data la verdadera fundación del Espiritismo, como doctrina filosófica sujeta á la crítica racional y á los principios de la ciencia, que tan grande éxito alcanzó y á tantas inteligencias serias inundó con sus resplandores.

Allán Kardec falleció en Paris el 31 de Marzo de 1869, siendo exhumado civilmente el 2 de Abril, en el cementerio del Pére Lachaise, y pronunciando su oración fúnebre Camilo Flammarion.

Nuestra *Revista* se hace un deber en iniciar su primer número con el retrato del ilustre fundador de la DOCTRINA ESPIRITISTA.

LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA.

Una de las mas graves preocupaciones de la época presente es la que se refiere al problema social, cuya solución han dejado algunos al tiempo que nada resuelve, otros á la fuerza que jamás ha dado soluciones estables, otros á la caridad de los favorecidos y resignacion de los desheredados, solución mui evanjélica pero no humana, y otros, en fin, á una lejislación más ó ménos socialista pero ineficaz tambien, porque las leyes que no emanan del sentimiento general quedan escritas en el agua.

La causa de tanta diverjencia de opiniones la encontraría cualquier estudiante de matemáticas elementales en que no hai problema que bien planteado suscite dudas para resolverlo en lo fundamental del procedimiento, y si aquellas aparecen, débese á error en el planteamiento.

Esto sucede, á mi juicio, en la cuestión obrera de que hoy se trata.

Muchas y mui buenas cosas han dicho individualistas y socialistas, comunistas y anarquistas, filósofos y moralistas, pero sin dar solución completa, porque parten de una base falsa, y ménos lograrán ponerse de acuerdo porque de la falsedad de una premisa cada cual saca la consecuencia que mas cuadra con la orientación que dá a su error, peligro que no existe cuando se toma por punto de partida la verdad, porque ésta es una, cualquiera que sea el ropaje con que se vista.

Las diferencias de clase subsistirán siempre en la tierra, porque es fundamental la desigualdad de condiciones intelectuales, morales y físicas de los hombres.

Pero..... la justicia, la moral y el amor, preceptúan que todos, en la medida de nuestras fuerzas, trabajemos por mejorarnos y por mejorar á los demás, de tal modo

que las diferencias de nivel se vayan reduciendo, reduciendo, hasta desaparecer.

Los aspirantes á la redención de la clase obrera pueden dividirse, á nuestra manera de entender las cosas, en dos categorías: materialistas y espiritualistas.

Los primeros no resloverán el problema, porque partiendo del supuesto que el destino humano tiene su punto de arranque, su desarrollo y su término únicamente en el planeta, niegan la existencia é intervención de las leyes eternas de justicia y moral absolutas, sin las cuales—entiéndase bien—no hai cimiento sólido é inamovible en que fundar el *deber* y el *derecho*.

Nacer por la agregacion inconsciente de células, vivir por la asimilación fisiológica y morir por disgregación física de las moléculas, no es base moral, ni religiosa, ni filosófica, para fundar sociedades humanas. Nacer un ser sin venir de ninguna parte, estar un rato en cruenta lucha con sus semejantes, y caer en seguida en el abismo de la nada, es una concepción en sí misma tan absurda, que sólo la parte de moral y de justicia eternas que informan nuestro ser puede salvar á los materialistas de las consecuencias desastrosas de sus propias doctrinas.

¿En qué fundará esta escuela la redención del obrero, la nivelacion social? ¿Porqué ha de tener mas razón que Aristóteles y los demás insignes filósofos, que reconocieron la justicia de la esclavitud? ¿Qué fundamento, que no sea de mera utilidad y circunstancialidad, puede ofrecer para pedir la nivelación, exaltando á unos y deprimiendo á otros?

Si hoy creen que eso es lo mas justo y lo mejor, acaso sus descendientes y discípulos, como ántes algunos de sus maestros, crean lo contrario y opten por la vuelta al feudalismo de la edad media.

Sinembargo, empeñados están en esa generosa empresa, poniéndose en desacuerdo con los principios de su doctrina, impulsados por ese *quid divinum* que se mani-

fiesta consciente ó inconscientemente, más en los hombres honrados que en los que no lo son, pero en todos.

Y como no los guia un concepto ni siquiera aproximado á la naturaleza humana y á la vida, no dán con una fórmula redentora, aceptable á todos.

¿Y los espiritualistas?

Estos, ó son sectarios de una religión positiva ó libre-pensadores. Si lo primero, reconocen una autoridad definidora esclusiva de los destinos humanos, y llegan á la siguiente conclusión:

El desheredado por la voluntad inescrutable de la Providencia sólo tiene derecho á la caridad, á la beneficencia, á la piedad y á la tolerancia de los sentados á la mesa del festín humano, los que á su vez tienen la obligación correlativa de ampararlos, por aquellas virtudes morales que tienen su sanción en el cielo, y que por lo que vemos, olvidan con harta frecuencia.

Con esos piadosos elementos, podrá talvez atenderse á necesidades momentáneas, pero nó resolverse el problema.

Los libre-pensadores caen en el estremo contrario, y creyendo resolver las cuestiones sociales con criterio eminentemente científico positivo, niegan ó dan poca importancia á la naturaleza psicológica del hombre y proponen tantas soluciones cuantos son los criterios filosóficos que los informan.

Hai que desengañarse: las cuestiones sociales no se resolverán sin el concurso de una afirmacion positiva sobre la naturaleza del hombre, la razón de su vida planetaria y su destino ulterior.....

Repugna á la razón que el ser humano sea efecto del acaso y no el resultado de una causa suficiente, y como suficiente, moral y justa; y para que moral y justicia tengan base inquebrantable han de tener su raiz, no en la torpida voluntad humana, sino en una causa única, insuperable y completa. Con estas condiciones, su funcionamiento ha de ser siempre igual y siempre justo, y

sus efectos una familia cuyos miembros han de ser perfectamente iguales en su esencia; y si efectivamente están dotados de razón—cualidad que nadie niega—han de ser libres en su desenvolvimiento, para llegar, unos ántes y otros después, á un mismo fin.

Repugna asimismo á la razón que este punto microscópico del infinito espacio, llamado Tierra, sea el único asiento de la vida, cuando la astronomía ha demostrado que las condiciones físicas, químicas y biológicas de los astros los capacitan para idéntico fin.

Y repugná, por último, al sentimiento y á la razón, tanto como el aniquilamiento humano de los materialistas, el cumplimiento total de la historia y del destino humano sobre este átomo sideral, en un solo instante de la eternidad. Todo induce á creer y á afirmar que el paso por este planeta es una etapa de la vida humana; que las desigualdades sociales son mera manifestacion del desigual desenvolvimiento de los seres; que pues todos tenemos un mismo origen y somos esencialmente iguales y destinados al mismo fin, todos tenemos la obligación indeclinable de concurrir, en la medida de nuestras fuerzas, á la realización del destino humano, solicitando cada uno para ello la ayuda del hermano más adelantado y prestándosela al que viene en pos, y el que así no lo haga será tratado de igual modo por el que va delante.

Aplicando estos principios á la cuestión de que se trata, diré que los proletarios no sólo son nuestros semejantes, sino nuestros iguales, y así como nosotros recibimos la herencia de nuestros antepasados y ayuda de los coetáneos más adelantados, tenemos que preparar y aumentar el caudal para nuestros sucesores y ayudar con todas nuestras fuerzas á los más rezagados, no por caridad, no por consideración, sino por deber de saldar la deuda contraída con nuestros predecesores y coexistentes. á los cuales nada podemos dar que ellos no tengan más ampliamente, y les pagamos en las perso-

nas de los que vienen en pos, como éstos nos pagarán haciendo lo mismo con los que les sigan, y todos contribuyendo al acerbo común, al progreso universal.

Más claro: los obreros no nos piden gracia sino justicia, el pago de una deuda no contraida personalmente con ellos, pues han de ser nuestros deudores á su vez, sino con nuestros protectores que jiran contra nosotros una letra á la órden de nuestros protegidos.

Entendido así el problema, la solución se impone fácilmente.

UN CASO DE TELEPATÍA

Giraba la conversación sobre lo que ha dado en llamarse impropiamente fenómenos sobrenaturales. La reunión reía llena de rogojizo, escuchando las donosuras con que sir Felbrigg se burlaba de la telepatía, de la sujeción, de todas las manifestaciones anímicas que el orador llamaba *canards* con que se embaucá á la ignorancia y se divierte á los inteligentes.

Sir Felbrigg comentaba jocosamente el sucedido, relatado poco há por *Pall Mall Gazette*, de una jóven que había previsto en sueños y predicho después, al despertar, la prisión de Crontje en el Trasvaál, la muerte de la reina Victoria, la toma de Mafeking, la derrota de Kitchener—que, ya veis, añadía patrióticamente el orador, no ha sido tal derrota—y otros muchos sucesos de la actualidad política del imperio británico.

La reunión reía; sobre todo, las damas para quién es tan cómodo reír de lo que no pueden explicarse.

Sólo no parecía regocijado un señor de bigote y meleña blancos. Este personaje, en pie, con un codo apoyado

en el mármol de la chimenea, escuchaba sin reir, mirando á la reunión con aire de benévola censura.

—Haceis muy mal, les dijo, en reir como lo haceis. Lo que *Pall Mall Gazette* ha referido puede no ser cierto en este caso, pero en general es posible, y en muchas ocasiones exactísimo. No lo adivinado por esa jóven, sino fenómenos mucho más extraordinarios y fantásticos, nos ofrece el espíritu. El siglo de la telegrafía y telefonía sin hilos no tiene derecho á reir de ciertas cosas. ¿Porqué un ruido, vibrando de onda en onda, ha de recorrer largas distancias, y el espíritu no, cuando es, después de todo, un magnetismo como cualquiera otro, pero con más vigor y más fuerte?

—Se sabe, interrumpió uno de los presentes, el porqué y el cómo de la traslación de una corriente eléctrica. Se ignora el cómo del espíritu; se ignora el cómo el espíritu puede trasladarse, influir *en algo*, hacerse sentir.

—Se ignora en realidad todo eso y se conoce algo más que todo eso: se conoce el *hecho*, lo supremo, lo que no se discute, lo que está por encima de todas las teorías y todas las opiniones. ¿Quereis que os relate un suceso que he visto, y de cuya certeza responde mi palabra?

Nadie se habría atrevido á poner en duda la palabra de lord Stapleton, uno de los miembros más formales y más cultos de la aristocracia inglesa. Así es que todos asintieron dispuestos á oír. El noble lord comenzó su historia de esta manera:

—Recordareis el asesinato de lady Fylmire: la mató un albañil, que murió en la cárcel ántes de terminar su proceso, según unos de tísis, según otros, envenenado. La historia de lo que pasó sólo la supimos mi amigo el célebre doctor X, ya finado, y yo.

Lady Fylmire era una Estuardo, tenía muchos millones y una belleza no común. Pero lo más extraordinario en ella era el vigor de su carácter, como lo demostró con su casamiento. Quedó completamente huérfana á los veinte años: su padre había dispuesto en el testamento—

y así se hizo—que inmediatamente la entregaran el manejo de su vida y de sus bienes. Y aquí entra el rasgo que retrata su voluntad enérgica, singularísima.

Tenía diezisiete años cuando lord Ashley la pidió á su padre en casamiento. Consultó el padre á la hija y ésta contestó rotundamente que no, porque no conocía á su prometido y no quería ligarse á quién no conocía ni estimaba, ni aún trataba. Lord Fylmire entonces trajo á casa al pretendiente, y al cabo de algún tiempo renovó su instancia acerca de la jóven, la cual le contestó que ahora estaba ménos dispuesta al matrimonio porque lord Ashley le era antipático. Nuevo período de silencio; nueva súplica; nueva repulsa de la hija, quién declaró esta vez que el pretendiente le era odioso.

Tres años duró esto, al cabo de los cuales murió lord Fylmire. El solicitante se retiró entonces, porque ¿qué lograría de la heredera libre y dueña de sí, cuando no alcanzó nada con la ayuda del padre?

Pero á los ocho días, lord Ashley recibió la siguiente carta:

«Á la hora de morir me reiteró mi padre el ruego de que os tomara por esposo. Cumpliendo su último deseo, os suplico que olvidéis mis desaires, aceptándome por muger. No creais que realizaré este acto haciendo sentir después desden ó desafecto. Seré muger y amante, sumisa, cariñosa, buena y hasta os querré.»

Antes de terminar el luto, se celebró la boda.

Lord Ashley amaba, por desgracia, el vino con su secuela de malas mugeres, pendencias y brutalidades, y no se explica cómo lord Fylmire, amantísimo de su hija, se engañó respecto de aquél hombre.

El matrimonio marchó á Escocia, á uno de los castillos del marido.

Dulce, expresiva, buena y hasta enamorada, todos sus actos estaban dedicados á su esposo. Cuando el marido comenzó á dar muestras de brusquedad, ella pareció no notarlo. La primera noche que entró al salón, lleno de

luces y de criados, en completo estado de embriaguez, tambaleándose y diciendo bromas soeces, ella se puso intensamente pálida, pero no dijo una palabra. Al notar la risa comprimida de un criado,—«Salid, le dijo altivamente, y que no os vea más.»

Cuando, después de la comida, el matrimonio quedó solo, apoyando á su marido que no podía tenerse, lo condujo á sus habitaciones y ella se fué á las suyas. Al día siguiente, la hallaron sus doncellas sentada junto al lecho sin deshacer, altiva, inmóvil y silenciosa.

La escena del comedor fué el principio del desastre. Perdidos los respetos, el lord volvió á embriagarse diariamente. Al amanecer, después de las orjías, iba borracho á pedir caricias á su esposa, que ni lo rechazaba, ni lo reconvenía. Mas tarde principió á insultarla.

Una noche llegó hasta querer alzarle la mano. Al siguiente día, llegó ella muy temprano á sus habitaciones, y, sin mirarle ni saludarle, le dijo:

—He cumplido la voluntad de mi padre; he sido fiel, sumisa y obediente; os he demostrado respeto y amor; pero no toleraré que me alceis la mano. Mi padre os hubiera matado... Yo, si lo haceis, os mataré y me mataré. Desde hoy teneis prohibido el paso á mi cámara. No intenteis verme.

Aquella noche lord Ashley comió y bebió como siempre, y, en un estado de locura horrible, se dirigió al cuarto de su muger; lo halló cerrado; llamó, gritó y golpeó. La dama abrió: tenía un puñal en una mano y un revólver en la otra.

—Estas balas, dijo, apuntando á su marido, son para vos. Este puñal es para mí. Si no os vais, os mato. El se marchó, pero estas violentas escenas continuaron.

Cierta madrugada se oyó un tiro en las habitaciones de lord Ashley. La servidumbre acudió alarmada, y encontró á éste, completamente borracho, empuñando un revólver con que había disparado al techo, y hablando de matar á su muger y á todo el mundo. Ese día los mé-

dicos le declararon medio loco, y llamado de Lóndres el doctor Grey, mi amigo, de quién os hablé, éste dijo que, aparte del alcoholismo, la enfermedad consistía en el *medio ambiente*: lord Ashley no podía soportar el perenne desdén de su muger. Dijo también que era necesario trasladarlo á Lóndres, y así se hizo. Lady Fylmire quedó sola en el castillo.

En Lóndres, el enfermo, bien cuidado, comenzó á mejorar. Sólo le veíamos el doctor y yo.

Tratábamos no sólo de la mejora física, sino de la cura moral de aquel feroz desequilibrado, cuya enfermedad se mostraba atávica, brutal, cruel, como salvaje.

Algo íbamos logrando, aunque á intervalos sufría retrocesos que nos desesperaban: ataques de locura que por lo general le acometían durante el sueño. Eran delirios trágicos y siempre sobre el mismo tema: soñaba que había matado á su muger, y con un carácter de realidad tan grande, que nos costaba trabajo persuadirle de que aquello había sido un ensueño febril.

Una coincidencia extraña hizo retroceder la curación. Una mañana fuí llamado con premura. Ya el doctor Grey estaba junto al enfermo.

—¿Qué ocurre? pregunté.

—El ataque más formidable de cuantos este hombre ha tenido; casi no me esplico el caso, díjome el doctor. Cuando recibí el aviso y vine, encontré que lord Ashley acababa de despertar de uno de sus tremendos sueños. Lo de siempre: que había matado á lady Fylmire. Traté de tranquilizarle; pero, como nunca, se ha empeñado en que su delirio no es delirio, sino acontecimiento cierto; y de ahí no hay quién lo saque. Le he demostrado la imposibilidad de que un hombre que duerme, enfermo en el lecho de su casa en Lóndres, mate á su muger retirada en un castillo de Escocia. ¡Todo inútil, mi querido amigo! Entre usted, á ver si consigue más que yo.

Pasé á la alcoba de lord Ashley, que me recibió llo-

rando, en un estado de dolor y abatimiento incomprendibles en aquel carácter fiero.

No me diga usted nada, esclamó al verme, no me convencerá de que no hice lo que he hecho. ¡He matado á mi esposa! ¿Cómo? No lo sé: tengo ideas confusas..... con un puñal...

—Está completamente loco, dijome en voz baja el doctor.

—¡Pero eso es un delirio! esclamé ¿Cómo quiere usted, desde Londres, haber sido autor de un suceso en Escocia?

—No sé, no sé; pero así ha sido, respondió con la mayor convicción y firmeza.

—¿Quiere usted, le repliqué, que pongamos inmediatamente un despacho á su muger, preguntándole por su salud?

El doctor aprobó con una mirada, y el enfermo gritó:

—Sí, sí, en el acto! Siento, agregó sollozando, que tengais que convenceros de la verdad.

En ese momento entró un criado con una bandeja en la que precisamente... había un despacho también.

—¡Venga! ¡venga! gritó lord Ashley, tomando el papel, rompiendo nerviosamente la cubierta y leyendo.

Al terminar la lectura, lanzó un grito y perdió el conocimiento.

El telegrama decía lo siguiente:

«Esta noche desagradable accidente. Escalando muro y rompiendo ventana malhechor llegó habitación señora. Al forzar puerta con puñal, fué sorprendido. Trátase talvez ladrón vulgar que no conoce departamento alhajas y dinero. Niega obstinadamente haber ido al castillo y entrar habitaciones. Señora buena.»

—¡Qué extraña coincidencia! Lo mismo que nos ha dicho nuestro amigo, añadió el doctor con voz temblorosa.

El enfermo empezó á recobrar el sentido, pero se sintió cada vez peor. En los días siguientes asumieron sus

delirios una forma especial. Con lógica, con lucidez, razonaba y hablaba acerca de lo que él llamaba su *crimen frustrado*.

Así pasó cerca de dos ó tres meses, y he aquí ahora el trágico y extraordinario desenlace:

Una mañana entró el doctor en mi casa, demudado, inquieto y nervioso.

—Vea usted, amigo mio... ¡La fatalidad, la desgracia!

He aquí lo que me dicen del castillo de los Ashley, encargándose que veamos el mejor modo de comunicarlo á nuestro enfermo.

Y emocionado, leí el despacho que el doctor me pasaba.

«Lady Fylmire había sido asesinada... Un albañil vecino de las cercanías, buen hombre que adoraba á la familia de los Ashley, porque los suyos debían á éstos mil favores, la había matado. Entró á sus habitaciones por un pasillo secreto, la halló dormida y la dió muerte de una certera puñalada en el pecho. El asesino sufrió enseguida un ataque epiléptico y cayó rompiendo un jarrón. Al ruido acudió la doncella y luego todo el mundo, y... al ataud la muerta y el matador á la cárcel.»

¿Cómo pudo el asesino penetrar en aquel sitio por pasillos desconocidos, y cómo pudo entrar en las habitaciones de lord Ashley para sacar un cuchillo de monte que éste usaba, y dar muerte con él á la señora?

¿Qué móvil le llevó, como en el caso anterior frustrado, á asesinar y no á robar?

Invité al doctor á que fuéramos á casa del enfermo para impedir desde luego que supiera lo sucedido; y á buscar después el medio de hacérselo saber poco á poco.

Al llegar á casa de lord Ashley, nueva sorpresa. La servidumbre en movimiento, todo el mundo lleno de agitación.

—¿Qué pasa aquí?

—¡El señor que ha muerto! ¡El señor que se ha matado!

Vimos al suicida. Había puesto fin á su existencia de un solo y certero disparo en la sién. Se nos entregó una carta en cuyo sobre se leían el nombre del doctor y el mío.

Decía así:

«25 de abril, cinco de la mañana.

Mis queridos amigos: acabo de matar ó de hacer matar—es lo mismo—á mi muger. Que Dios y ella y la otra víctima inocente me perdonen. Al darme cuenta de mi acción, no puedo soportar los remordimientos. No sé que ahora *no me he equivocado*, me castigo mata
me.»

En el resto de la carta, el suicida contaba cómo reató el crimen. Sus detalles concordaban, en todo, con acaecido en el castillo de Ashley. No dejaba de citar aún el arma que se había empleado.

COMUNICACION DE ULTRATUMBA

DICTADO ESPONTÁNEO I CONTESTACION DE UN ESPÍRITU.

Hallándonos en plena sesión espiritista, se presentó por sí solo un espíritu que dijo ser el de don Alejandro Moreau, y dió la siguiente comunicación:

ESPIRITU: He estado en turbación durante mucho tiempo, pero veía los cuidados con que rodeaban a mi cuerpo y el pesar de mi familia. Sentía todo esto, y como en mi vida terrenal había estudiado mucho el espiritismo, bien comprendía que en aquellos momentos mi alma se desprendía de su envoltura corporal para empezar una nueva vida. Sabía también que iba hacia Diós: mis últimas palabras lo han probado y mi mujer debe recordarlas. Por lo demás, me hallaba preparado para la muerte.

Veía mi cuerpo inerte, y esto no me causaba mucha sorpresa. Tenía un gran sufrimiento moral por no poder consolar, ni con el movimiento ni con la palabra, á los que me lloraban. Asistía á todas las ceremonias fúnebres y á las visitas de condolencia. He tratado de comunicarme con mi mujer, rodeándola de cierta suavidad de espíritu. He visto con sentimiento como me sacaban de mi casa y me arrancaban á los míos, por más que fuera mi cuerpo solamente el que se llevaban. He tenido un verdadero consuelo en ver cumplidas mis últimas disposiciones — porque el espíritu puede ver y prender todo esto — y doi las gracias a los que con exactitud me han obedecido.

Por mucho tiempo he estado errando en mi casa y dando de consolar á mi familia. Mas, desprendiéndome, al fin, de mis últimas ligaduras terrestres y elevanme en el espacio, he comprendido la verdadera vida, dando mi espiacon y mis sufrimientos al cabo de algunos meses. Quise entonces comunicarme con mi mujer, por medio del espiritismo, y darle el único consuelo que pueden dar los invisibles: el de haber llegado á ser su espíritu familiar; y por eso la induje á pedir á ustedes estas sesiones espiritistas; y, cuando las han tenido, he estado yo aquí, siempre presente, feliz y dichoso, al ver este nuevo camino que se abría para el único ser que siento haber dejado en pós de mí en la tierra, y poder al mismo tiempo comunicarme todos los días con ella y hacer que aproveche los conocimientos por mí adquiridos.

MEDIUM: ¿En qué consiste la turbación despues de la muerte?

ESPIRITU: La turbación es el estado de un alma que ignora las condiciones de su propia existencia; la turbación despues de la muerte, es el malestar que acompaña á todo cambio brusco de uno á otro estado. Podeis compararla al estado en que se encontraría el recien nacido, si le fuera dado en ese momento la plenitud de sus fa-

cultades. ¿Cómo y con qué sorpresa é indecision, se serviría de sus miembros y aún de su pensamiento? ¿No temería que un solo movimiento brusco hiciera cesar el fenómeno de su existencia? El espíritu difiere del niño en que éste se halla todavía con sus facultades adormecidas, mientras que el espíritu desprendido de la materia entra en una nueva existencia, como niño que ve, que siente y no sabe aún darse cuenta de nada. Las ideas espiritistas pueden únicamente ayudar al hombre á morir, ó más bien, á nacer á la verdadera vida.

MEDIUM: ¿Veía usted la separacion de su alma y de su cuerpo?

ESPIRITU: ¿La sentía como algo extraño, sin poder darme cuenta exacta de lo q'rié pasaba, y sobre todo sin saber lo que me esperaba en una nueva existencia.

MEDIUM: ¿No tuvo usted algun temor de ser enterrado vivo?

ESPIRITU: Nó, nó. Me sentía absolutamente separado dela materia tornada inerte.

MEDIUM: ¿Es la muerte un sufrimiento moral?

ESPIRITU: Sí, para unos; nó, para otros. Los que la ven venir no sufren sino mui poco; los demás pueden sufrir horriblemente, y mas ó ménos segun el grado de pureza del alma y tambien de enerjía moral de su espíritu.

MEDIUM: ¿Pero los que se sienten morir, deben experimentar ánsias morales mas grandes que aquellos á quienes la muerte toma subitamente?

ESPIRITU: Hablo del momento que acompaña y sigue á la muerte, nó del que la precede. Ustedes están en la verdad respecto de esto último, salvo el caso de que el alma esté preparada y consienta en dejar su envoltura corporal.

MEDIUM: ¿La estremaunción le fué á usted de alguna utilidad?

ESPIRITU: De ninguna como sacramento. No puede ser útil sino al alma católica que la recibe creyendo en su eficacia. Es asunto de fé.

MEDIUM: ¿Su sufrimiento provenia únicamente de su impotencia para consolar á sus deudos?

ESPIRITU: Era ese el mas grande, porque tenia á los mios ante mi vista; y cuando me contemplaba á mí mismo, la gran turbacion que sentía de no ser lo que habia sido hasta entonces, me tenia en una terrible angustia. Sin embargo, esta turbacion se disipó cuando noté que estaba rodeado en el espacio de espíritus amigos que me esperaban para hacerme comprender mi estado.

MEDIUM: ¿Tienen ustedes los espíritus relaciones parecidas á las que existen entre los vivos?

ESPIRITU: Sí, sí. Las relaciones existen en un estado más agradable que en la vida material. Vivimos en sociedad, escojemos á los que la forman y nos entretenemos de cosas espirituales, desligados como estamos de los groseros lazos de la carne.

MEDIUM: ¿Hai entre los espíritus una fraternidad más grande que en la tierra? ¿Hai desigualdades sociales en el mundo de los espíritus?

ESPIRITU: La simpatía acerca aquí á los seres, y tan sólo los grados de adelanto constituyen la desigualdad de condiciones.—Adios.

EL ESPIRITU DE ALEJANDRO MOREAU.

NOTA: El espíritu cuyo dictado espontáneo y respectivas respuestas acabo de transcribir, debe clasificarse, á mi juicio, entre los *espíritus de una condición media*, de que habla Allán Kardec en su libro: *El Cielo y el Infierno segán el Espiritismo*.

Este espíritu ha salido del estado de turbacion, y á causa de sus buena disposiciones, parece estar en marcha hacia las esferas de *los espíritus felices* (ver *Cielo é Infierno*). Las respuestas que ha dado indican una gran voluntad para el bien. Por mi parte, solo he publicado las que se refieren á su situación personal en el mundo de los espíritus; las demás referentes á la filosofía jeneral, son ménos netas i seguras.

Por lo demas, en el vasto dominio de esta filosofía, cada espíritu evocado puede formular su opinión, sin pretender imponerla como regla que se deriva únicamente del conjunto de las comunicaciones emanadas de los espíritus más avanzados.

EL ESPIRITISMO Y LOS JESUITAS

Reminiscencias históricas de las conferencias contra el Espiritismo dadas por el padre León, en el colegio de San Ignacio de Santiago, y de las contestaciones de don Francisco Basterrica, profesor de matemáticas del Instituto Nacional, en representación del Centro Espiritista.

El 24 de junio de 1876, anunciaba la *Revista de estudios espiritistas, morales y científicos*—publicada en Santiago por un grupo de adherentes á la doctrina de Allán Kardec—que «El padre León, de los jesuitas, sujeto de grande erudición, había abierto conferencias públicas contra el Espiritismo, las que tenían lugar los mártes á las siete de la noche en uno de los salones del colegio de san Ignacio.»

Recuérdase por los coetáneos la resonancia que tuvo aquel suceso en los círculos de la sociedad santiaguina, supuesto que la doctrina, y sobre todo los fenómenos espiritistas, eran por aquel entonces una verdadera novedad entre nosotros.

Aquella ocasión no era de desperdiciar para los sostenedores del espiritismo, que trataban á toda costa de dar á conocer la nueva creencia; y así fué que los hermanos del *Centro espiritista* acudieron á los claustros de san Ignacio para oír la ardiente palabra del jesuita Leon—el más pujante de los contendores que podía presentárseles —y en la segunda sesión, pidieron á éste que les permitiese hablar «para rebatir sus observaciones, dice la Revista, á lo que accedió con gusto el ilustrado sacerdote.»

En uno de los más amplios salones del colegio de san Ignacio, tuvieron pues lugar, una vez por semana, las conferencias, ó mas bién, el debate entablado entre el padre León y don Francisco Basterrica comisionado por el «Centro» para defender el espiritismo.

Allí se esgrimieron, por una y otra parte, las mejores armas de la dialéctica y de la elocuencia, ante un numeroso auditorio, gastando el impugnador de la doctrina espiritista el calor peculiar de su fogoso carácter, en discursos que, más que otra cosa, parecían vehementes catilinarias contra las nuevas ideas y sus defensores; en tanto que el señor Basterrica, sereno y tranquilo, con una flama verdaderamente inglesa, contestaba cortés y friamente á su improvisado adversario, como se hará notar en el curso de estos ecos de pasados tiempos.

Era el padre don José León—á quién conocí muy de cerca—alto, delgado, de ojos celestes y escasos cabellos, y en su fisonomía, iluminada de ordinario por una sonrisa benévolas, se notaban los frescos colores que acompañan siempre á los temperamentos sanguíneos linfáticos.

Nacido en la ciudad de Santa Fé (República Arjentina) en 1823, ingresó casi niño á la órden de los jesuitas, siendo destinado, apénas terminó sus estudios en el colegio romano, á la enseñanza de la juventud en el Brasil, en el Uruguay, provincias argentinas y finalmente en Chile, en donde terminó su vida hace pocos años.

En cuanto al señor Basterrica (cuyo nombre, quién sabe por qué, no aparece en ninguno de los diccionarios biográficos que he consultado), era, según mis recuerdos, de estatura proporcionada, el color del rostro algo pálido, revelando en toda su persona los hábitos del hombre tranquilo y estudiioso. Acostumbrado como su contendor, á la enseñanza, fué durante muchos años—lo mismo que

su hermano don José—profesor de matemáticas superiores en el Instituto Nacional.

Al primer discurso del padre León, tranquilo y mesurado, contestó, en la noche del 19 de junio, el señor Basterrica con otro discurso no menos cortés y caballeroso. Decíale en él:

«El mártes último asistí, señor, por primera vez á vuestra conferencia y os puedo asegurar que salí de ella altamente complacido. El objeto que os habeis propuesto no puede ser más laudable. Perseguir la verdad, es ir en busca de Dios que es su fuente; enseñarla y difundirla, es la mejor obra de caridad que un hombre puede hacer á sus hermanos.»

Más adelante agregaba:

«Mi alma se sintió conmovida cuando nos hablasteis de la grandeza de Dios; de ese ser que aunque incomprendible en su esencia, sus atributos lo presentan adorable á nuestro corazón!»

Empero el padre León, después de emplear un lenguaje elevado y elocuente hablando de Dios, había caido en lamentables errores. Había sostenido el principio dogmático de la creación de seres perfectos é imperfectos, fundándose en un argumento verdaderamente singular: el de ser necesaria la creación en esta forma *para la armonía del conjunto, ó del Universo*.

El señor Basterrica le observó con mucha razón que, dados sus atributos soberanos, Dios no podía, obrando en justicia, crear seres de diversas condiciones, perfectos los unos é imperfectos los otros; que los espíritus han sido y serán creados con la perfección necesaria para que por sí solos progresen, en virtud de sus propios esfuerzos; que Dios ha formado, forma y seguirá formando eternamente seres personales, racionales y libres; porque estas tres cosas son necesarias para su perfección; y por-

que un ser racional sin libertad y sin personalidad no se concibe, no sería perfecto. Por el contrario, si se dota á un ser de libertad para obrar, debe reconocérsele razón para discernir. La creación concebida de esta manera, es indudablemente perfecta.

«La razón y la libertad suponen—agregaba el señor Basterrica—recompensas y castigos; y además un estado de progreso indefinido. Porque ¿qué haría el espíritu dotado de sus facultades activas, si no tuviera un fin adonde dirijirlas? Por consiguiente, el progreso, es decir el acercamiento indefinido hacia Dios, es una consecuencia de los atributos del espíritu.

«He aquí armonizadas—agregaba—las infinitas perfecciones de Dios con la vida de pruebas á que está sometido el espíritu y que el señor León ha querido explicar diciendo: que Dios ha debido crear seres perfectos e imperfectos para la armonía del Universo.»

El padre León había sostenido también una sola existencia corporal del alma, la cual es creada, decía, al tiempo de formarse el cuerpo material á que ha de animar. Y, como razón única y sin vuelta de esta afirmación contraria al principio de las reencarnaciones de la doctrina espiritista, decía lo siguiente:

«Porque si así no fuera ¿en qué se habría ocupado el espíritu ántes, siendo por su naturaleza esencialmente activo?»

No le costó mucho trabajo á su contendor dar una buena respuesta á tan pobre argumento, respecto de la cuestión más grave que podía presentarse, relacionada intimamente con los destinos presentes y futuros de la humanidad.

«Ignora el señor León —le replicó el señor Basterrica—la ocupación que tendrán los espíritus en el tiempo que media entre su creación y su encarnación; y aunque la ignorancia del señor León nada prueba en contra de la preexistencia del alma, es fácil comprender que ésta, ántes de su encarnación, como durante ella, y en todas

las faces de su existencia inmortal, se ocupa en su propio perfeccionamiento para acercarse más y más á su Hacedor.»

Y, después de algunas otras reflexiones tan fundadas como oportunas sobre este mismo punto, formuló el señor Basterrica una observación que no admite réplica.

Es la siguiente:

«Los espíritus se ocupan ántes de encarnar, exactamente en lo mismo en que se ocupan después de abandonar el cuerpo.»

Como se comprenderá facilmente, no es mi propósito, al evocar estas reminiscencias históricas, reproducir en todas sus partes la discusión habida en aquella época entre los espiritistas y sus impugnadores, sino perfilar aquellos puntos más importantes, á fin de dar á mis lectores una idea aproximada de lo que entonces pasó, ántes de que aquellos incidentes caigan por entero en la fosa del olvido.

Conviene á mi modo de ver, sin embargo, dejar bien establecido el hecho de que los defensores de la doctrina espiritista observaron en aquella ocasión una conducta irreprochable. Así el señor Basterrica terminaba su primera contestación al padre León en los siguientes caballerosos términos:

«He aquí, señor—le decía—las observaciones que tenía que haceros. Las he manifestado como veis, con toda franqueza, dándoos con ello lugar á que conozcais un humilde competidor vuestro que no es el único en este recinto... Os seguiré, pues, señor, en vuestros trabajos; acogeré con placer y gratitud los principios que crea verdaderos, siempre que cuente con vuestro permiso para observar aquellos que mi razón rechace... Como el único móvil que me guia, al asistir á vuestras conferencias, es hacer la luz en estas materias, tan oscurecidas

ya por los hombres con el transcurso de los siglos, os puedo asegurar que encontrareis en mí un adversario tan leal como creo que lo sois vos.»

Me parece que no es posible exijir mayor cortesía, ni más discreción á nadie. El señor Basterrica colocó el debate á una verdadera altura.

¿Hizo lo propio el padre León?.....

En la conferencia del 27 del referido mes de junio, el impugnador del espiritismo, que ántes había comparecido con sus discursos escritos, dando de mano á este procedimiento y fiándose en sus facultades oratorias, improvisó un brillante discurso, en el que, al lado de las flores retóricas, campeaban sus variados conocimientos en ciencias físicas y naturales.

En aquella memorable sesión, el padre León dió rienda suelta á su natural elocuencia, ante un auditorio com puesto como de trescientas personas.

Al tratar del hombre, habló del progreso indefinido, á cuya ley divina está sometida la humana raza, y revis tiendo siempre su argumentación «con todas las galas del lenguage,» pretendió esplicar las desigualdades que se notan entre los hombres—y que el Espiritismo atribuye á los grados de progreso que ha alcanzado el espí ritu en sus diversas existencias— diciendo que esto consistía únicamente en que DIOS COMUNICA DISTINTOS GRADOS DE PERFECCIÓN Á SUS CRIATURAS.

Como lo hizo notar muy oportunamente el señor Basterrica, su contendor se complacía en engastar al lado de un diamante verdadero una piedra falsa; junto con proclamar la ley eterna del progreso indefinido, formu laba una proposición errónea: la de que Dios crea unos seres más perfectos que otros, concepto que pugla con la razón y vulnera la bondad y justicia del Creador.

«Si la desigualdad en la perfección de los hombres—decía el señor Basterrica—fuera creación de Dios ¿dónde estaría el mérito adquirido por el alma en las duras pruebas de la existencia, y que el Ser infinitamente justo había de premiar ó recompensar? Que un padre de familia tiene igual solicitud por cada uno de sus hijos y desea hacerlos á todos igualmente felices, es evidente, porque hay una ley impuesta por Dios á la naturaleza, que todos conocemos, y que nos impulsa á obrar en este sentido. Y si esto hace una criatura imperfecta con sus hijos ¿cómo se pretende hacer creer que Dios, este Padre amoroso que nos ama mil ó un millón de veces más de lo que nosotros podemos amar á nuestros hijos, hace á unos dichosos y á otros desgraciados, á unos ricos y á otros pobres, á unos inteligentes y á otros idiotas, á unos santos y á otros malvados desde la cuna, etc., y todo esto sólo para formar la *armonía del conjunto?* Nô, y mil veces nô: tal creencia es una injuria gratuita á nuestro bondadoso Padre, que no podemos ni debemos aceptar.»

Y, apurando aún más el raciocinio, agregaba:

«Si á un padre de numerosos hijos se le ocurriera formar de ellos un *conjunto armónico*, podría dedicar al uno para abogado, para médico á otro, para ingeniero á aquel, y á este para comerciante, etc., y también para músicos y pintores, y aún para saltimbánquis, si tan grande fuera en este hombre el amor a la *armonía*: todo esto es comprensible. Pero lo que no se concibe, porque envuelve un absurdo grosero, es que existiese un padre que para obtener variedades entre sus hijos, dedicara á unos á las ciencias y á las artes, á la par que á otros les enseñase á ser ladrones ó forajidos; y para llevar todavía más adelante esta variedad, ó *armonía en el conjunto*, mutilase á algunos sacándoles los ojos ó la lengua. Si la mente no concibe, ni por vía de hipótesis, la existencia de un padre semejante ¿cómo puede aceptarse que Dios emplee medios de esta clase con sus criaturas?»

Y, pasando á demostrar la verdadera teoría acerca

del origen y causas de la perfección y de la imperfección humanas, terminaba este punto diciendo:

«Dios creó al espíritu inocente y puro; ignorante, pero con las dotes necesarias á su progreso en estado embrionario; libre, para que por sí mismo, en virtud de su trabajo, de sus propios esfuerzos, adelantase. He aquí una creación perfecta para el objeto á que se la ha destinado y que se conforma con todos los atributos de Dios y con la sana razón.

«¡Esta es, señor—esclamaba el señor Basterrica—ésta es la creencia espiritista!».....

Pesando bien el padre León esta poderosa argumentación de su ilustrado contendor, y comprendiendo que aquello de «que Dios había creado seres perfectos é imperfectos para la armonía del conjunto» era una proposición insostenible, creyó necesario, en la conferencia siguiente, rectificar su aserto, diciendo *que lo que había querido significar con la palabra «imperfección» era únicamente una «perfección menor» ó «una no perfección».*

Pero, manteniendo tenazmente el principio de una sola existencia corporal para el alma, en conformidad á uno de los cánones del dogma, combatió con todas sus fuerzas la creencia en las reencarnaciones, que confundió lastimosamente con la metempsicosis.

Fácil es comprender cuántas ventajas pueden obtenerse, en la discusión, suponiendo que el adversario profesa esta singular doctrina de la transmigración de las almas al cuerpo de los animales irracionales, teoría sustentada por los egipcios y por los hindúes, que creían, ó enseñaban al pueblo, que un hombre malvado puede renacer en el cuerpo de un animal inferior, péz, serpiente, cerdo, etc., en castigo de sus fechorías; teoría aceptada por Pitágoras y hasta cierto punto por Platón, pero que

no está de acuerdo con las creencias del Espiritismo, según las cuales el alma no retrocede jamás, sino que avanza siempre en el camino de su perfección, conforme á la eterna ley del progreso indefinido.

Y, aprovechando el padre León de la confusión que generalmente se hace por personas que no conocen estas cosas, entre la doctrina espiritista de la reencarnación y la teoría egipcia de la metempsícosis, dedujo conclusiones inaceptables en un debate como aquel tan serio y tan importante.

El señor Basterrica le dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Que el espíritu humano se perfecciona, no podemos negarlo, señor, porque la historia nos lo está enseñando. Que este mejoramiento es debido á las diferentes reencarnaciones del espíritu, nos lo dice la razón..... Si esta sabia y consoladora doctrina, que en los primeros tiempos del cristianismo, Orijenes quiso hacer prevalecer, hubiera sido acogida por los jefes de esta religión santa ¡qué distinto sería el mundo á la fecha! Porque esta doctrina, señor, tiende al desarrollo del progreso humano, á la moralización de las masas y al alivio del desgraciado; patentiza la bondad y justicia del Eterno y explica victoriósamente el porqué de las diferentes condiciones en que nacen y viven los hombres.

«Vos que sois, señor, un ilustrado y caritativo sacerdote, ¿qué decís á un hombre desgraciado, para consolarlo, cuando viene hácias vos á fin de que alivieis sus penas con vuestras palabras y consejos, porque tanto sufre el infeliz, que hay momentos en que desespera de la bondad de Dios y de su justicia?..... ¿Acaso le diríais: sufre con paciencia tus desgracias porque ellas son consecuencias de tus faltas?—Pero, señor, os contestaría, yo no he hecho mal á nadie y he hecho todo el bien posible ¿porqué me castiga Dios?—¡Ah! le direis, ¿y el pecado original que tienes dentro de tí? Sabe que aunque tu conciencia nada te reproche, este pecado es tan grande,

tan monstruoso, que sólo por él merecemos la condenación eterna.—Pero, señor, si todos tenemos este pecado ¿cómo es que no somos todos desgraciados? Mientras veo que unos nadan en la opulencia, yo y mil otros como yo, no tenemos un lecho en que dormir, ni un mendrugo de pán que comer...

«Supongo, señor, que no le direis lo que nos habeis dicho á nosotros: que esto es *para embellecer la armonía del conjunto*, porque este individuo, separándose de vos, iría en seguida á ahorcarse.

«Le direis entonces que al que más ama envía Dios más trabajos. De seguro que al infeliz no le satisface esta razón, y os contestará:—Pero, señor, si Dios es nuestro Padre común, debe amarnos á todos igualmente. ¿Cómo es posible, pues, que haga estas diferencias?

«No sé, señor, lo que seguiríais diciendo á este desgraciado para consolarlo..... Pero, si aceptais la reencarnación, podriais decirle:—¡Cómo te atreves á culpar á Dios de tus desgracias, cuando no sabes lo que mereces! ¿Conoces acaso el uso que hiciste de tu libre albedrío en una vida anterior? ¿Sabes acaso si fuiste un avaro usurero, que negaste el pán al desvalido? ¿Pués, cómo se borrará esta mala tendencia que por sólo tu libre albedrío hiciste nacer y cultivaste en tu alma, sino suriendo las consecuencias del egoísmo de los demás? ¿No es verdad que ahora odias la avaricia y piensas en que si tuvieres fortuna, la partirías con los necesitados? Pués entonces sufre con resignación y amor tu pasajera desgracia, *prueba* que tu mismo pediste para purificarte, y alaba la infinita bondad y misericordia de ese Ser incomprendible, que es paternal hasta en sus castigos. ¿Dudas acaso, porque no lo recuerdas, que has podido ser egoista? Pués no me creás á mí, sino á la palabra del Cristo: *con la misma vara que mides, serás medido*.

«Sin más que estas palabras, que son de verdad eterna, teneis á este hombre consolado, si no feliz y contento. Con ellas, habeis hecho un héroe capáz de desafiar todos



los infortunios de la vida, y lo habeis puesto en el camino de su regeneración moral.»

(Continuará)

C. F.

CONVERSANDO CON EL DIÁBLO

El diario titulado *La Tarde*, en su número del 17 de Octubre último, ha tenido á bien llamar la atención de sus lectores á un folleto que, con el título de *Treinta y tres días de espiritismo ó sea desengaños de una espiritista*, se ha publicado recientemente bajo el nombre de una respetable señora de Santiago.

El diario á que me refiero deja constancia de los progresos realizados por el espiritismo en el país, el cual «amenaza dice, transformar las creencias de muchas personas»: pero con una discreción mui laudable, se abstiene de pronunciarse sobre la idea espiritista, limitándose á dar cuenta de la citada publicación y á transcribir algunas de las comunicaciones de ultratumba que ésta contiene.

El articulista de *La Tarde* hace notar tambien que la primera página dice: CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA, palabras sacramentales, que constituyen por sí solas toda la clave del enigma.

En efecto, con esto sólo, huelga decir que el citado folleto ataca al espiritismo.

Pero lo ataca de una manera que dá grima: sin comprenderlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera. Los autores del folleto en cuestión (no la señora en cuyo nombre aparece publicado) no tienen la más remota idea de la doctrina, ni del fenomenalismo espirítistas.

Para muestra, basta un botón:

«*Sabemos*, dicen en la pág. 13, si lo que hoy llamamos

espiritismo, sea un fenómeno que en un dia más ó menos lejano, se nos manifieste tal cual es, deje de ser un misterio y resulte ser *causa natural?*»

Hablando del hipnotismo, en la pág. subsiguiente, lo definen de la siguiente manera:

«La trasmisión de la voluntad ó el pensamiento de una persona á otra.»

Pero en fin, no pudiendo, por ahora, estenderme en detalles sobre la materia, porque urge la publicación de esta Revista, diré en dos palabras el contenido del folleto en cuestión.

La señora, que aparece como autora, refiere la manera cómo se hizo espiritista. Lo de siempre: llegó por casualidad á una casa en que se hacia *espiritismo*; varias personas que rodeaban una mesita se cortaron todas cuando ella entró; ella por supuesto creía hasta ese momento que el espiritismo «no era más que pérdida de tiempo y puras supercherías.» Pero cuando vió allí que la mesita se movía automáticamente y daba contestaciones inteligentes, ya fué otra cosa: creyó con toda su alma y se hizo espiritista. A mayor abundamiento, resultó ser un buen médium.

Desde entonces y durante *treinta y tres días*, se ocupó casi exclusivamente de comunicaciones de ultratumba y llegó á obtenerlas mui elevadas y mui morales.

Pero como no conocía la doctrina de Allán Kardec, ni los procedimientos espiritistas, para no ser víctima de los espíritus malos, jocosos y burlones (que de todo hai allá, como hai acá, supuesto que el mundo invisible no es más que un trasunto del visible) la pobre señora cayó en poder de esos espíritus inferiores, atrasados (o elementales, como los llama la Teosofía) y fué engañada, burlada e injuriada por ellos.

En una de esas ocasiones, indignada con un espíritu que la insultaba, lo «*retó*, diciéndole farsante y varias cosas mas» y desde entonces se propuso abandonar por completo el espiritismo.

Sin embargo, tomó el lápiz por última vez (era médium escribiente), en actitud de escribir y su mano no se movía. Cansada de esperar dijo: «¡Venga un espíritu cualquiera!»

La mesa entonces hizo un movimiento tan lento, que casi fué imperceptible.—¿Quién eres?—Soy N.—¡Ah! dijeron todos, por eso no lo veíamos tanto tiempo! Se ha muerto! —Dime ¿porqué no venía ningún espíritu á mi llamado? —Teníamos vergüenza.—Dime la verdad ¿quién eres?—(No contestó).—Has entendido mi pregunta ¿quién eres?—(Nada.) —¿No quieres que sepa yo quién eres tú?—Nó—¿Porqué?—(No contestó)—¿Deseas tú que yo ignore quién seas?—Sí.»

«Hice la misma pregunta (es la supuesta autora del folleto quién habla) en distintas formas, pero no lo conseguí. Dije entonces: *En el nombre de Diós yo te pido y te mando que digas quién eres.* Transcurrió un minuto y la mano escribió: SATANÁS.»

/ Tableau!

Sigue la señora hablando con el *diablo*, hasta adquirir la plena certidumbre de que tanto aquella, como TODAS las comunicaciones que ha recibido de los espíritus, son la obra esclusiva de Lucifer, y toma la formal resolución de no volver á ocuparse más de espiritismo.

Ese es el folleto.

Los espiritistas sabemos perfectamente cómo se producen estas comunicaciones de ultratumba, y no hai uno solo de nosotros que ignore, que bajo el influjo de cierta atmósfera, no pueden obtenerse sino comunicaciones de espíritus burlones ó traviesos, que no son otra cosa que espíritus atrasados, que apénas comienzan su período de evolución espiritual, pero que habrán de llegar por fin a la meta, que es la perfección.

Sabemos mas aún: que esos espíritus atrasados suelen desempeñar el papel que más cuadra á sus gustos ó aficiones: de ángeles, de diablos y de todo, para engañar á las jentes y divertirse á su costa.

I sabemos, por fin, que la existencia del *diablo*—como eterno condenado y origen del mal—es sencillamente un absurdo y una blasfemia; por que si el diablo existiera, sería porque Diós lo había creado, puesto que nada existe que no haya sido creado por Diós; y como Diós no puede crear nada malo, se sigue que el diablo no existe.

C. F.